

TEATROS DEL CUERPO

Joyce Mc Dougall

1995 (Pág. 159 - 189) España: Julián Yévenes, S.A.

Cap. X UN CUERPO PARA DOS

Quisiera presentar ahora la historia de una paciente con una extrema vulnerabilidad psicosomática, pero cuyo funcionamiento mental contrastaba intensamente con el de Tim.

Se trata de una exploración más profunda de las fantasías de analizados polisomatizantes pero que sólo lentamente, tras muchos años de análisis, acceden a la palabra. Estos pacientes han vivido de forma intensa, y a veces cruel, la imposibilidad, incluso la prohibición fantasmaticada de individualizarse, de abandonar el cuerpo-madre, creando así un cuerpo combinado en lugar del propio cuerpo, cuerpo-monstruo que la psique intenta hacer "hablar". Estos intentos se asemejan a las fantasías y esquemas corporales que se observan clásicamente en las psicosis, compuestas de mitos, de fragmentos y de quimeras, pero con la diferencia de que para el psicótico el cuerpo sirve de código, mientras que en el polisomatizante no psicótico, el cuerpo mismo tiene un funcionamiento "autista".

¿DE QUIÉN ES ESTE CUERPO?

Los fragmentos de análisis que voy a presentar son extractos de las sesiones que tuvieron lugar durante el quinto año de nuestro trabajo en común. Sólo dos años después pedí a mi paciente permiso para utilizar, para una ponencia científica, estas pocas notas fuera de contexto, sacadas de una serie de sesiones que habían tenido lugar anteriormente.

Le pregunté igualmente (como lo hago a menudo) el nombre que quería que le diese. Tras una profunda reflexión me respondió: "Me gustaría llamarme Georgette". Las razones conscientes de aquella elección estaban ligadas en su mayoría a los aspectos positivos de la transferencia: San Jorge, el santo patrón de Inglaterra; una mujer con este nombre que le atendía sus trastornos físicos, etc. Le pregunté, teniendo en cuenta la reconstrucción de los dramas que la invadían y que llevábamos años elaborando, si no podríamos escoger como título *Santa Georgette y el Dragón*. Respondió, riendo, que reconocía muy bien en este título su teatro psíquico y su aventura psicoanalítica, tanto más cuanto que el mayor *shock* que había sufrido, en el segundo año de nuestro análisis, fue una intervención mía en la que le dije que parecía existir para probar a todo el mundo que era una santa.

Hubiera podido añadir que aquella pequeña santa incubaba toda una camada de dragones: diferentes aspectos de su madre y de mí misma, más adelante el padre-dragón, y luego la dolorosa revelación de la faceta "dragón" de la misma Santa Georgette, dispuesta a hacer cenizas con ardiente ira todo lo que, según creía,

había tomado su lugar o le había cerrado el paso, abandonándola con una sensación de desmembramiento y de vacío. De forma que aquel pequeño dragón virtuoso, para no hacer daño a nadie y para mantener una imagen entera y aceptable de sí misma, se comportaba como una santa, mientras su cuerpo escupía fuego en todas direcciones. Su dragón, símbolo donde los haya de vigilancia, mantenía permanentemente una pantalla contra toda posible simbolización de los dramas tan primitivos como aterradores que llenaban su mundo interno. Y el hecho de ser pediatra no era ajeno a aquella problemática; sólo a través de los demás podía ocuparse de la niña herida que había dentro de sí misma.

Georgette sufría una serie de alarmantes enfermedades psicosomáticas, y ello desde su primera infancia. Pero estas manifestaciones no eran en modo alguno la razón de su deseo de emprender un análisis. Por el contrario, parecía tranquilamente desapegada de su lastimado cuerpo y de su estado casi permanente de malestar físico, como se hizo evidente desde las primeras entrevistas.

De hecho, las dos necesitamos un largo trabajo analítico para descubrir que, paradójicamente, cuanto más sufría Georgette por sus enfermedades interminables, más se sentía psíquicamente en paz. Llegamos a comprender también que aquellas eclosiones somáticas, no simbólicas, eran no obstante una forma muda de comunicar pensamientos y sentimientos que no habían podido ser elaborados psíquicamente; una expresión de temores libidinales arcaicos y de deseos fusionales accesibles a la consciencia, pero acompañados por una rabia narcisista y un miedo primitivo totalmente inconscientes. Por otra parte, sus enfermedades le confirmaban que su cuerpo estaba vivo, y que en el interior de aquel cuerpo ella era un individuo de pleno derecho, sin riesgo a perder su identidad como sujeto. Aunque tales fantasías no fueran en modo alguno la causa de sus enfermedades psicosomáticas, cumplían por así decirlo la función de beneficios secundarios.

Lo que voy a describir a continuación es la revelación de este material, y el descubrimiento de una sexualidad arcaica, tal como se presentaron en nuestro quinto año de trabajo. Pero volvamos antes a la primera entrevista con Georgette.

Treinta y dos años, delgada y bonita, Georgette llegó embutida en una grotesca falda de tejido espeso y un jersey de color gris-marrón, calzada con esas zapatillas planas que llevan las colegialas. Tuve la impresión de que intentaba así disfrazar su aspecto delicado y femenino. Se desplomó en la esquina del sofá como si quisiera hacerse invisible, o como si tuviera que compartirlo con una o dos personas más.

Georgette: "Realmente necesito ayuda. Estoy tan deprimida... desde hace años tengo una especie de angustia que no me deja vivir. Por ejemplo, cuando mi marido se va por cuestión de negocios..."

Se interrumpió como si lo que quería expresar fuera demasiado difícil de comunicar.

J.M.: "¿Siempre ha sido así?"

G.: "Toda mi vida. Y, como ahora, se lo ocultaba a todo el mundo. Cuando era pequeña veía signos de muerte por todas partes... tenía que hacer gestos mágicos para protegerme y para no caerme a pedazos. Tenía tanto miedo de que Dios y me llevara que rezaba al demonio constantemente para que me protegiera."

Ya vemos que Georgette, aún de pequeña, era una niña soñadora y creativa (¿y no había nadie más a quien pudiera dirigirse para protegerse de aquellos peligros fantasmáticos?, me pregunté). Georgette prosiguió contándome los cinco años de análisis que ya había llevado a cabo, con un hombre. Aquel trabajo le permitió terminar con éxito sus estudios, de forma que ahora estaba establecida como pediatra.

Pudo igualmente poner fin a un matrimonio a todas luces desgraciado y que, según ella, le había impuesto su madre. Había podido elegir una pareja más conveniente; llevaban casados algunos años Y tenían dos hijos. .

G.: "Durante mis cinco años de análisis no pude hablar de mi cuerpo ni de mi vida sexual."

Al decir esto, Georgette evitó mi mirada como iba a evitar, durante dos años, hablarme de su vida sexual. Todo lo concerniente a su representación de su cuerpo de mujer le repugnaba, le angustiaba incluso de forma catastrófica y le impedía seguir pensando.

G.: "Algunas veces pierdo el sentido de la realidad. A menudo me pongo a cantar, como los niños autistas, para no oír mis pensamientos. Me vuelvo realmente loca por momentos. Espero poder mostrarle lo que nadie más sospecha. Porque he leído algo suyo que me dio valor. .. como si usted me permitiera estar muy enferma psíquicamente... "

J.M.: "¿Puede hablarme más de esta parte loca?"

G.: "Pues no dejo de pensar en mi madre. A veces, me despierto Y no me encuentro. Entonces salgo corriendo al pasillo llamando 'mamá' ... Sin embargo sé muy bien que vive a mil kilómetros de aquí" (añadió que su madre vivía en el sur de Francia, en su ciudad natal, allí donde murió su padre doce años antes).

G.: "Pero, en ese momento, tengo la certeza de que puede oírme y de que vendrá a ayudarme. Y lo que realmente es una locura en todo esto, es que siempre me siento muy mal en su presencia. Una tensión constante. Ella me anula, me mira como si no existiera. Recientemente, reuní suficiente valor para decirle que tenía la impresión de que no me quería y que no me estimaba. ¿Y sabe lo que me dijo?

"Claro que me intereso por ti. ¡Le cuento a todo el mundo lo inteligente que es tu marido!" Nunca es de mí de quien habla; o sino me mira de una forma agresiva y erótica a la vez. Siempre está criticando mi aspecto, me arregla el pelo, me dice que no lleve colores vivos. No me deja respirar; a veces creo que voy a explotar. Pero cuando no está conmigo, empiezo a sentir nostalgia y a desear su presencia ¿Cree usted que estoy loca?"

Habiendo tomado nota del hecho de que Georgette ya me presentaba dos madres internas de carácter opuesto, y ante su aparente angustia, aventuré una pequeña intervención.

J.M.: "Parece tener en mente a dos madres diferentes, una a quien llama para que la ayude y la tranquilice, y otra que la anula y la asfixia ¿Quizás Ja contradicción entre estos dos retratos pueda parecerle un poco loca?"

G.: "Sí, es extraño. Cuando era pequeña me pegaba a ella. Y al mismo tiempo no la tocaba, a ella no le gustaba. Pero tenía que estar ahí, sino yo me volvía transparente. La misma contradicción que ahora. La quería muchísimo, y hacía todo lo posible para gustarle. Nunca le he dicho cuánto miedo tenía de caerme a pedazos. Tenía que mantenerme viva por mis propios medios. Pero nunca he podido hablar de estas cosas con mi madre . . . igual que nunca, nunca, he llorado delante de ella. No me estaba permitido."

Durante este relato, Georgette parecía ignorar totalmente la intensidad del odio que se expresaba en el lugar de aquella imago materna que, como iba yo a saber más tarde, era vivida como invasora, asfixiante, narcisistamente volcada en sí misma, pareciendo no tolerar a aquella niña más que en la medida en que ésta respondía exactamente a lo que la madre esperaba de ella y luego, desinvistiéndola cuando la niña no se adaptaba a sus expectativas. Iba a descubrir, naturalmente, que aquella madre llevaba dentro de sí una historia de desolación y de desamparo que, a su vez, afectaba la relación con su hija mayor.

Pienso aquí en el trabajo de Haydée Faimberg (1985) donde señalaba una relación patológica entre padres e hijos en la que los hijos están destinados a encarnar los personajes del pasado de los padres, y son desinvertidos en cuanto no cumplen este papel narcisista. Pienso también en los *Visitantes del Yo* (A. de Mijolla, 1981) que estudia de forma diferente ciertos destinos familiares responsables de los "fantasmas de identificación", fantasmas de objetos del pasado que parecen "poseer" al sujeto a pesar suyo. Estos dos autores muestran de forma convincente la manera en que algunos niños sólo existen en la medida en que desempeñan este papel predestinado que a menudo es el de un muerto. La relación madre-hija coincide, finalmente, con lo que expuso André Green (1980) en su trabajo sobre "La madre muerta". En cierto modo, la madre de Georgette murió para ella *narcisistamente*, por la desinvertidura materna (como pudimos reconstruir durante el análisis) que siguió al nacimiento de su hija menor.

Hacia el final de nuestra entrevista, todavía incómoda y desplomada en el sofá, Georgette me preguntó, con voz ansiosa, si podría reservarle sitio con cierta rapidez. Le repetí lo que ya le había dicho por teléfono: que no habría sitio antes de un año, pero que podía ayudarle a encontrar otro analista. Al oírme, su rostro enrojeció violentamente, empezó a temblar y parecía tener dificultades para respirar.

G.: "Discúlpeme, me siento muy rara. Es como si se me hinchara el cuerpo... "

Era evidente que mi falta de disponibilidad me convertía inmediatamente en aquella mala madre, de quien se sentía terriblemente dependiente, pero que sin embargo la anulaba. Conmovida por esta muda comunicación somática, me vi a mí misma tomando en brazos a una niñita, como para asegurarle que no la abandonaría, que su cuerpo no iba a explotar. Sin duda alguna su discurso, como una comunicación primitiva inconsciente, estaba destinado a crear aquella reacción contratransferencial.

G.: "No me rechace, la esperaré el tiempo que sea necesario."

Le dije que necesitaba una segunda entrevista para conocer mejor su proyecto de análisis, y que entonces veríamos si era conveniente que esperara un año. Era evidente que estaba sufriendo, pero su historia y su demanda seguían pareciéndome oscuras. Debo decir que encontraba a aquella mujer interesante, conmovedora, y creativa en su forma de pensar. En la siguiente entrevista, una semana más tarde, Georgette me contó dos sueños que me concernían.

G.: "Yo estaba aquí, y usted estaba embarazada, a punto de dar a luz. También tenía en las rodillas una niña pequeña. Me desperté bruscamente, muy angustiada."

El tema del segundo sueño era opuesto al primero. Ella estaba en mi casa y me miraba jugar con una niña pequeña de unos dos años. Se sentía feliz y en paz, como si ella, una niña, se encontrara al fin a solas con la madre-analista.

La invité a hablarme un poco más de su infancia. Supe que Georgette era la mayor de tres hijas, que tenía quince meses cuando nació su primera hermana y tres años cuando llegó la siguiente. El contenido manifiesto de su sueño me sugería la ansiedad de una niñita de quince meses sentada en las rodillas de una mamá embarazada de nueve meses, situación en la cual podía temer que no hubiera sitio para ella, situación que en efecto se reproducía conmigo que, a mi vez, no tenía "sitio" para ella. Me pregunté si Georgette se había sentido "anulada" por primera vez cuando nació su hermana pequeña. La invité a hablarme un poco más de lo que creyera significativo de su primera infancia.

G.: "Bueno, siempre estaba enferma. (Largo silencio) Pero no tiene importancia."

J.M.: "¿Podría hablarme más de aquellas enfermedades?"

G.: "Pues... tuve una grave anorexia durante muchos años. Y toda mi vida he tenido asma. Desapareció cuando me casé y me volvió después del nacimiento de mi primera hija."

(Algunos años después, tras la desaparición total de su asma, Georgette y yo reconstruimos el guion inconsciente que en aquella época se representó sin duda en su psicosoma. Es evidente que su marido, en un primer momento, había sido vivido como una madre que sólo se ocupaba de ella, lo que explica la desaparición de sus crisis de asma. Volvió a ser la hija única que, por fin, encontraba "su sitio". Pero el nacimiento de su hija le arrebató aquel sitio...)

G.: "Y siempre tengo anginas, rinitis y gripes. Y, naturalmente, sigo teniendo asma. Pero nada de eso es importante."

Se interrumpió, incómoda. Le pregunté si, aparte de sus problemas respiratorios, tenía buena salud.

G.: "No me gusta mucho hablar de eso... porque... me niego a someterme a tratamiento; odio los medicamentos. ¡Una verdadera fobia! Y también tengo úlcera gástrica y reumatismo, que son muy dolorosos. Pero no es nada. Sé lo que tengo que hacer para curarme yo misma."

Como a regañadientes, Georgette siguió relatándome sus sufrimientos físicos, sus problemas ginecológicos y especialmente ciertos inquietantes síntomas de arritmia y taquicardia. Escuchando aquel desfile de dramas somáticos, observé que ahora Georgette sí podía mirarme a los ojos, como si los sufrimientos físicos la tranquilizaran; quizás incluso temiera perderlos. ¿Era aquella la afirmación de su existencia, de que su cuerpo, su piel y sus bronquios eran efectivamente suyos? ¿Que ya no podía volverse "transparente", "anulada"? ¿Sería posible que, en cierta forma, aquellas enfermedades le devolvieran la vida? Iba a tener que esperar muchos años antes de obtener respuestas, aun parciales, a estas preguntas. Una cosa me parecía sin embargo muy clara: Georgette se vivía a sí misma como propiedad de su madre; ¿quizá solamente su cuerpo le pertenecía verdaderamente? Hablando de su patología cardíaca, Georgette añadió que aquellos fenómenos podían ser también histéricos, porque su padre murió, cuando ella tenía veinte años, de un infarto de miocardio. Repitió que le incomodaba hablar de sus manifestaciones somáticas, y que no eran esas las razones de su demanda de análisis. Tuve la impresión de que trataba estas dolencias como secretos eróticos que había que esconder. Aparentemente también, se identificaba, a través de algunas de sus enfermedades, con su padre y su madre.

Me contó después que desde su primera infancia había cuidado los bebés de los vecinos. ¿Existía en ella la representación de una madre protectora con la cual podía identificarse para ser una buena madre para sí misma? Me parecía que no, salvo a través de su cuerpo enfermo, o mediante los niños de los demás. Frente a aquella Georgette que me aseguraba que todas sus enfermedades carecían de interés para ella, una advertencia interior me aconsejaba no tocar demasiado

aquella dimensión psicosomática tan extensa. Hice entonces una observación anodina: le sugerí que su forma de maternizarse a sí misma, sin recurrir a los demás, podía darle la sensación de estar a gusto en su piel. Esta referencia a su piel llevó a Georgette a añadir una pincelada más al colorido retrato psicosomático que ya me había esbozado.

G.: "Realmente no me gusta hablar de esto. ¡En fin! Tengo un montón de problemas digestivos, hay muchos alimentos que no puedo comer. Algunos me producen eczema y urticaria, y a veces una especie de edema de Quinke: cuando se me hincha el pecho me aterrorizo. Nunca he podido comer fresas ni frambuesas, ni pescado, ni mariscos, sin graves reacciones alérgicas. La leche también me pone enferma. Y el pelo de los gatos me produce picores. A veces me hincho peligrosamente. No puedo respirar y me escuece la piel. A menudo me pregunto si no es todo un síntoma histérico. Eso lo he heredado de mi madre. Siempre sufrió alergias cutáneas y a veces había que llevarla a urgencias. Siempre que yo tenía reacciones cutáneas agudas, me decía que era exactamente igual que ella."

Más tarde iba a saber que para Georgette aquello quería decir: "Tú eres yo; no existes". Quizás por esta razón aquellos fenómenos alérgicos fueron los últimos en desaparecer del teatro somático de Georgette.

Por aquel entonces representaban un vínculo erótico y primitivo con el cuerpo materno y, como veremos más adelante, funcionaban también como una equivalencia simbólica que servía para combatir un insospechado vínculo sexual con la imagen paterna.

Pero no anticipemos: en aquel momento, sentí la necesidad de introducir en la conversación al padre de Georgette, quizás para protegerme de la profusión de imágenes maternas que parecían invadir su mundo interno.

G.: "Sufrí mucho cuando murió mi padre. Pero mi madre hablaba tan mal de él que estaba convencida de que me estaba prohibido quererlo. Ella siempre me repetía que yo le odiaba, y que no le dejaba besarme, ni siquiera tocarme. Yo misma, recuerdo que le tenía mucho miedo. Pero mi peor recuerdo data de mis diecisiete años. Mi padre había encontrado y leído mi diario íntimo donde contaba un flirteo muy apasionado con mi primer amante. Mi padre me pegó como un salvaje, llamándome puta y gritando que era igual que mi madre. Su orgía de odio duró tres días. Se puso como loco."

Georgette se había puesto colorada contándome aquella historia, y mantenía los ojos bajos, como si ella también se acusara de ser una puta. Luego añadió que no era una persona colérica, y que siempre le había sido imposible enfadarse con alguien.

G.: "Mi madre siempre despreció a mi padre. Después de su muerte, nos prohibió hablar de él, e incluso mirar las fotos de familia en las que él aparecía. Mi abuela también le mantenía apartado. Mi padre vivió siempre en otro ala de la casa."

J.M.: "¿Y quién vivía en su ala?"

G.: "¡Pues bien! mi madre, mi abuela, mis hermanas y yo. Mis padres nunca compartieron el dormitorio. Desde siempre, era yo quien dormía con mi madre. O si no con mi abuela, que era alguien muy importante para mí. La adoraba. Era muy piadosa y fue ella quien se ocupó de mi educación católica. Era un ángel."

J. M.: "¿Es decir?"

G.: "Bueno, ya sé, se dice que los ángeles no tienen sexo. Pero era cierto en el caso de mi abuela. Su marido murió poco después de su matrimonio y ella no volvió a mirar a otro hombre. No puedo imaginar que nunca hubiera... que tuviera... una vida sexual. .. Impensable. Las paredes de su habitación estaban cubiertas de imágenes de santos."

[Abro aquí un paréntesis para referirme a aquella abuela y al padre de Georgette: se trata de un material al que sólo tuve acceso tras tres o cuatro años de análisis. Iba a enterarme tardíamente de que aquella abuela tan santa que mantenía alejado al padre no era la abuela materna, sino la madre del padre. Sin embargo, seguía flotando un aura de misterio sobre todo aquello, que se revelaba en las lagunas del discurso y de los recuerdos de Georgette. Más tarde, tras haber intentado saber la verdad sobre la relación entre el padre y la abuela, Georgette me contó que el padre era el hijo ilegítimo de una mujer de costumbres relajadas (la puta) y que había sido adoptado por la abuela ángel- sin-sexo. Eso explicaba la rabia loca que se desató en el padre cuando descubrió que su hija tenía una vida sexual. "Realmente creí que iba a matarme", dijo Georgette, "pero ahora comprendo que era a su propia madre, a la mala mujer que le abandonó cuando era pequeño, a quien quería castigar."

Cuando hubo realizado aquel descubrimiento, Georgette dejó de verse obligada a cargar con el papel de la abuela-ángel-sin-sexo para conservar el amor de su padre. Se hizo evidente que, hasta entonces, Georgette se había comportado consigo misma como un padre loco y violento, siempre que se trataba de su feminidad o de sus deseos sexuales.]

G.: "Mi madre, por el contrario, tenía amantes, pero nadie hablaba nunca de ello. De todas formas, yo no tenía derecho a ser seductora. Sólo ella. No me dejaba llevar ropa de colores vivos, decía que yo era 'la oveja negra' de la familia y que parecería una gitana. No podía llevar encajes, ni nada rosa, se reía de mí, de mis gustos de niña... me siento confusa... no sé lo que quería mi madre para mí, salvo cuando me necesitaba. Me sentía constantemente en peligro de perderla."

Cuando le dije que la segunda consulta había finalizado, Georgette volvió a enrojecer y a "hincharse", y empezó a jadear. Quizás fueran los síntomas

prodrómicos del edema de Quincke. Pero hoy por hoy diría que estaba asistiendo también a fenómenos somáticos que aparecían en lugar de sentimientos de rabia y de terror de los que Georgette no tenía ninguna representación psíquica. Únicamente se manifestaba la raíz fisiológica de sus afectos, en respuesta a una señal psíquica primitiva.

LOS PRIMEROS CINCO AÑOS

Me limitaré a dar solamente algunos detalles de nuestros primeros años de trabajo. Una vez iniciado el análisis, Georgette lloró todas las lágrimas de su cuerpo, cuatro veces por semana, durante dos años.

Hablaba con dificultad de aquel cuerpo que vivía como deformado, monstruoso y repugnante, sobre todo durante la menstruación, o cuando evocaba pensamientos sexuales. Luchaba también continuamente por ocultar a los demás sus angustias y sus fases depresivas.

Entre estos llantos y el relato de sus diversas angustias fóbicas (tenía miedo a los aviones, a los ascensores, a los truenos, a ciertos lugares públicos, a ciertos olores, etc.), con frecuencia Georgette temía perder el sentimiento de sus límites corporales. En cuanto a su cuerpo, no dejaba de manifestarse. Su salud física era muy frágil pero, aun con gripe, casi paralizada por el reumatismo, asfixiada por las crisis de asma, sufriendo edema alérgico o cubierta de eczema, jamás faltó a una sesión. Sólo sus trastornos cardíacos y ginecológicos la inquietaban un poco pero, igual que con las demás somatizaciones, siempre retrasaba el momento de ir a consultar al especialista. Parecía casi complacerse en su cuerpo sufriente, y nos hicieron falta tres o cuatro años antes de que Georgette pudiera hablar, por poco que fuera, de un cuerpo de placer.

Si soportaba el dolor físico estoicamente, sin embargo se quejaba amargamente del sufrimiento psíquico que experimentaba en la relación transferencia!, una transferencia materno-pasional que le provocaba angustia, a menudo acompañada de edemas o de reacciones cutáneas alérgicas, antes de cada separación. Cada fin de semana era un drama, y la cercanía de las vacaciones era indefectiblemente precedida por una serie de sueños en los que Georgette caía en abismos, o se aferraba a oscilantes ventanas, suspendida en el vacío. Cuando me contaba sus sueños, se aferraba literalmente al diván, tratando de acurrucarse entre los cojines como un animalito muerto de frío.

UN CUERPO PARA DOS: LA TRANSFERENCIA OSMÓTICA

El análisis de las pulsiones homosexuales reprimidas en Georgette le era especialmente doloroso. Pero, más allá de sus miedos, luchaba por mantener conmigo lo que acabé llamando un vínculo *osmótico*. La lenta reconstrucción de su fantasía de "formar uno conmigo" nos llevó no obstante a dar un nuevo sentido a sus múltiples órganos febriles y a sus dolorosas somatizaciones. A través de

aquella transferencia en ósmosis pudimos comprender que no había límites entre mi cuerpo y el de Georgette, ni entre mi ser y el suyo. Dos ejemplos (aunque había otros muchos) bastarán para ilustrar aquella fusión-confusión.

Un día regresé de vacaciones con la piel visiblemente quemada por el sol. Al verme, Georgette exclamó: "¿Pero qué es lo que ha hecho a mi cara?" Su angustia y su rabia eran tales que le costó mucho continuar la sesión, que fue seguida por una pesadilla. Le hice una pregunta como eco a la suya: "¿Y usted, qué le ha hecho a mi cara?" En su respuesta descubrimos que me había fantasmáticamente atacado con su pregunta exagerada, y que de hecho se preocupaba a menudo por mi salud y por mi capacidad de resistencia frente a aquella demanda que ella calificaba como "devoradora". Su extrema dependencia habría podido "cansarme o ponerme enferma". ¡Georgette creía no solamente que mi rostro "le pertenecía" sino también que ella era la causa de la quemadura!

Todos sus sueños, así como sus fantasías de aquella época, mostraban claramente que sólo había *un cuerpo para nosotras dos*. Así que no me extrañaba que cada interrupción en nuestro trabajo estuviera marcada por dolorosas erupciones cutáneas, como si la ruptura en la relación le desgarrara la piel. Pero al mismo tiempo, aquella piel que le picaba, que le quemaba, que se le hinchaba, estaba investida positivamente.

En su fantasía inconsciente, cuando su cuerpo sufría un ataque, el mío también lo padecía, y así pues aquella comunicación somática significaba al mismo tiempo su triunfo, porque era mi justo castigo por haberla abandonado, madre omnipotente que no le concedía ninguna autonomía, ni física, ni psíquica. Pero, en verdad, era Georgette quien me privaba de mi identidad como sujeto físico y psíquico.

Esta observación me lleva a la segunda ilustración de nuestra ilusoria unicidad. Georgette se había cruzado alguna que otra vez con mi marido, al entrar o salir de mi apartamento. Un día, se oyó decir a sí misma, con cierto embarazo: "¡Qué sorpresa! Acabo de cruzarme en la calle con *nuestro* marido." (Algunos años después, iba a sentir unos celos feroces ante cada evocación de mi pareja, pero aún estábamos lejos de aquella problemática.)

A partir de ahora voy a centrarme únicamente en las "comunicaciones" somáticas que surgen en la escena psicoanalítica, y en la lenta construcción de su significado inconsciente. A medida que los deseos y los temores de fusión fueron haciéndose verbalizables, tanto en su dimensión de amor como de odio, Georgette empezó a sentirse más en posesión de sí misma y más dispuesta a asumir sus sentimientos violentos y negativos hacia su madre, sus hermanas y -con cierta dificultad- hacia mí misma. De vez en cuando había que invitar a aquella niña rencorosa y colérica a expresarse, dándole así, a menudo por primera vez en su vida, acceso a la palabra.

Tras dos años de análisis, Georgette parecía liberada de la úlcera gástrica, y al cabo de tres años ya no tenía asma, y no sufría rinitis ni anginas permanentes (yo

diría que la llegada de la niña rencorosa a la escena analítica y la comprensión de algunas de las causas de sus violentos afectos -hasta entonces totalmente congelados en su expresión- tuvieron un efecto liberador y redujeron la descarga somática directa que, anteriormente, había sido provocada por mensajes psíquicos primitivos no elaborados verbalmente). No obstante, aquellos cambios la preocupaban.

G.: "Si pierdo esta capacidad para crearme úlceras, para resfriarme sin parar, dejaré de existir. Incluso tengo celos de usted cuando está acatarrada .. . A mi madre nunca le "conmovía" mi tristeza, pero cuando sufría físicamente sí se ocupaba de mí. Tengo miedo de dejar de "conmoverla" a usted, de perderla también."

En un primer nivel de interpretación, pude formular la problemática actual como sigue: "Si dejo de sufrir físicamente, mi madre olvidará que existo, y usted, la madre-analista, me impedirá continuar con el análisis".

Pero la investidura del sufrimiento físico resultaría ser mucho más compleja de lo que sugerían aquellas asociaciones.

UN CUERPO QUE SUFRE ES UN CUERPO VIVO

Una vez, hablando de sus afectos ambivalentes hacia su madre, me dijo: "Fue el asma lo que me salvó de la locura. Mi madre, que no me tocaba nunca, me penetraba sin embargo continuamente, con su mirada, con su voz, con sus palabras hirientes. Su mirada siempre era doble. O bien no me veía (salvo cuando yo era en cierto modo una parte de sí misma) o bien me taladraba con los ojos, casi eróticamente. A menudo buscaba Dios sabe qué en mis cajones, riéndose al mismo tiempo de forma extraña. Pero en las crisis de asma yo luchaba sola contra la muerte; me sentía a salvo de ella. Al mismo tiempo, me aferraba a su presencia porque ella representaba también la vida. Sin ella yo no existía."

La representación de la madre "implosiva" surgía regularmente en los sueños y las asociaciones de Georgette, y el análisis de esta imago hizo perder a mi paciente varias de sus fobias "ambientales", entre otras, su fobia a las tormentas, ligada a la voz penetrante y destructiva de su madre, y su claustrofobia, íntimamente ligada a la imagen de una madre asfixiante. Era como si la madre de la primera infancia nunca hubiera podido ser introyectada para convertirse en un objeto de identificación benéfica, que permitiera a la niña identificarse con una madre que protege, que tranquiliza y que actúa sobre el sufrimiento físico y psíquico de su bebé.

Sólo citaré algunos fragmentos de sesiones para ilustrar aquella fase de nuestro trabajo, así como el descubrimiento del papel oculto que desempeñaba la enfermedad para mi paciente.

G.: "Si la piel dejara de picarme, de escocerme, de hincharse y de hablarme, ¿cómo sabría que estoy a gusto en mi piel? ¿Que vivo en mi cuerpo? Una vez me dijo usted que si la piel dejara de dolerme no estaría segura de tener una piel hermética, una piel para mí sola."

Era cierto que le había proporcionado aquella interpretación, pero pensando también en una piel psíquica, interna, cuya falta paliaba con la fantasía de una piel común conmigo (Anzieu, 1974, 1983). Por eso se le desgarraba la piel en las separaciones y le ardía cuando la gente se acercaba demasiado.

G.: "Necesito vigilar constantemente mis límites; sí, es como si la piel, que tan mal me trata, me probara que estoy viva y que puedo protegerme de mi madre y ocuparme de mi misma; Cuando pedía protección al diablo, ¡era contra ella! Su amor por mí me aniquilaba. Mientras mi piel hable, mis bronquios griten y mi estómago arda, sé que no he matado a nadie. Mis hermanas, mi madre, usted misma, todas están indemnes."

Dicho de otro modo, las dolorosas sensaciones de su piel herida la tranquilizaban sobre su integridad corporal porque, en su imaginario algo de mi piel y de mi presencia física estaba incluido en su propia superficie cutánea. A partir de aquella época comprendimos que el cuerpo enfermo de Georgette desempeñaba el papel de un *objeto transicional* (Winnicott, 1953) un tanto peculiar. Su piel ardiente le daba la sensación de estar viva, integrada, recordándole al mismo tiempo un objeto externo (el analista y su "piel común") que la tranquilizaba, permitiéndole estar sola sin angustia. Hacia aquella misma época anoté que "un cuerpo que sufre es un cuerpo vivo; además, aquel sufrimiento del cuerpo era capaz de resucitar el recuerdo consolador de otro cuerpo.

¿Pero por qué era necesario que el cuerpo, la piel y el funcionamiento somático hicieran las veces de objeto transicional auténtico? Como con muchos de mis analizados polisomatizantes, existía evidentemente un fracaso en la introyección de una imagen materna capaz de proteger y de tranquilizar a la parte niño en el adulto, y por lo tanto una falta de identificación con tal imago (Krystal, 1977, 1978a, 1978b). La investidura positiva del sufrimiento corporal hacía pensar en aquellos niños que se golpean sin cesar la cabeza contra los barrotes de la cuna, como para encontrar la confirmación de que su cuerpo tiene sus propios límites y evitar sentir, al mismo tiempo, emociones dolorosas.

Lo que hubiera tenido que venir de fuentes psíquicas internas (es decir, una representación de un entorno maternizante interiorizado capaz de restituir al niño el sentimiento de sus límites corporales y permitirle controlar sus emociones) debe buscarse ahora en el cuerpo que sufre.

En otro momento, Georgette añadió una dimensión más a la comprensión del consuelo que le aportaba su propio sufrimiento físico.

G.: "A veces siento que me ahogan la rabia y el odio que les tengo a mi madre y mis hermanas. ¿Cómo he podido mantenerme durante tanto tiempo al resguardo de este conocimiento? Tengo miedo de esta violencia dentro de mí... y eso me hace pensar que la pérdida de mis enfermedades me sigue aterrizando. Cuando mi piel y mis bronquios gritaban, y el estómago se me desgarraba, mi rabia sólo me dañaba a mí misma."

Hablamos mucho de sus fantasías de omnipotencia, de su rabia y de su odio, provistos fantasmáticamente de propiedades mortíferas.

G.: "También tengo miedo, cuando mi cuerpo deje de estar enfermo, de volverme loca. Y empezaré a ver signos de muerte por todas partes, como en mi infancia. Enferma, mi cuerpo me pertenece, y mi rabia también."

En aquella época me pregunté si la pequeña Georgette había vivido alguna vez anteriormente momentos psicóticos alternados con eclosiones psicósomáticas. Comoquiera que fuese, Georgette se dio cuenta entonces de que había vivido desde hacía años en el temor de que regresaran las angustias de su infancia. Por otra parte, su represión dio lugar a numerosas fobias, entre las cuales las más invasoras eran el miedo al agua, a los viajes en avión, a los espacios cerrados, a las tormentas y a los truenos, así como a algunos ruidos, olores y percepciones visuales capaces de provocarle sensaciones de intensa repugnancia, o una forma de pánico que le impedía pensar (y esta lista de males psicológicos, no exhaustiva, era naturalmente el motivo de haber reanudado el análisis).

A medida que Georgette fue verbalizando sus aterradoras fantasías, la mayoría de sus fobias paralizantes desaparecieron, dando lugar a la capacidad de crear en sí misma la representación de una instancia maternizante que consolara a la niña desesperada y aterrorizada de su interior. Al mismo tiempo, las somatizaciones empezaron a ser menos frecuentes y menos graves. A pesar de la angustia frente a la desaparición de las enfermedades, Georgette ya no tenía dolores reumáticos como antes, salvo en momentos puntuales de estrés. Cuando comprendió que su negativa a tratarse por sus crisis de taquicardia y sus trastornos ginecológicos era una forma oculta de atacar al mismo tiempo a su cuerpo y al mío (es decir al cuerpo materno), accedió por fin a visitar a un especialista. Pero su inquietud ante la posible desaparición de sus males no se disipó.

G.: "Sin mis enfermedades tengo frío. Me da miedo hablarlo aquí."

J.M.: "¿Como si, sin enfermedades, no existiera para mí? Sería incluso peligroso; ¿yo quedaría expuesta a su rabia, y usted a la mía?"

G.: "Es cierto. Tengo miedo de perder esta identidad. Siempre he vivido a través de mi cuerpo enfermo. Me ha protegido de las implosiones de mi madre, y también de aquella otra madre que me anulaba cuando ya no le era útil. Y sin embargo, desde hace algún tiempo, empiezo a tener el valor suficiente para vivir en mi

cuerpo, separada de usted, y dejarla vivir también, por su lado... se me han helado las manos mientras le decía esto."

J.M.: "¿Sólo me intereso por usted con la condición de que siga siendo una parte de mí?"

G.: "¡Sí! Sólo a través de mi dolor corporal mantengo un vínculo profundo con usted. ¡Qué extraño descubrimiento!"

Un sueño de aquella época ilustra de forma estremecedora algunas de estas ideas.

G.: "He soñado que yo misma y otra mujer estábamos encerradas en un ascensor y que las dos estábamos aterrorizadas. De pronto nos encontramos en un cuarto de baño. Ella ya se había bañado y yo tenía que hacerlo en el mismo agua. ¡Pero qué horror! Vi que la superficie del agua estaba cubierta de una espuma repugnante. Me metí en el agua a regañadientes, pero aquella espuma se me pegaba por todas partes. Empecé a arañarme los brazos furiosamente, con las uñas, para quitármela, pero me desgarraba la piel, y la angustia me despertó."

Georgette me dijo entonces que había retomado, desde que se despertó, algunos de sus antiguos ritos obsesivos. Primero estuvo toda la mañana lavándose las manos, con la impresión de que estaban sucias, y luego se dedicó a otros rituales igualmente centrados en la fantasía de suciedad. Era como si quisiera probarme que era "una niña muy limpia" (aquel material se refería, entre otras cosas, a la culpa masturbatoria, con una dimensión más profunda vinculada al cuerpo materno). Georgette siguió contándome su tarde, casi totalmente consagrada a la búsqueda de una camisa confeccionada con un tejido especial cuyo nombre no recordaba, pero que describía como "espumoso". Irritada por el hecho de no dar ni con el nombre del tejido ni con la camisa, tuvo que renunciar a "alcanzar la paz y la tranquilidad" perdidas desde la pesadilla de por la mañana.

Después, como Georgette parecía desinteresarse de la primera parte de su sueño, empecé a dejar flotar mis propias asociaciones sobre el tema. Las "dos mujeres encerradas juntas en el ascensor" podían muy bien ser una representación de la relación analítica. ¿Acaso no me había dicho, durante la sesión del día anterior, que esperaba seguir toda la vida en análisis? Cuando le hice observar que lo que así expresaba era el deseo de una niña pequeña que se cree incapaz de aprender algún día a andar, tuvo una reacción de pánico. Asintió en lo referente a mi interpretación sobre las dos mujeres, pero me dijo que el deseo contenido en el sueño era también que yo sintiera, como ella, la angustia de la fobia de encierro. Era sin duda un deseo auténtico de que fuéramos un ser indivisible, con pensamientos y sentimientos idénticos, le dije, pero añadí que el sueño ponía igualmente en escena la parte de terror vinculada al deseo de agarrarse a mí para siempre, de ser idéntica a mí, porque la otra parte del sueño me representaba como una madre mortífera de la que tenía que escapar a cualquier precio, la madre "espumosa" que se le pegaba a la piel. Aunque Georgette tuviera entonces

un sentimiento de rabia hacia su madre que "la había hecho prisionera de sus propias necesidades", no experimentaba tales sentimientos en la transferencia.

Las metáforas contenidas en la "peligrosa sustancia espumosa que se le pegaba a la piel de forma repugnante" recordaba a las metáforas, idénticas, que utilizaba al hablar de la forma en que su madre la miraba, le tocaba el cabello o le arreglaba la ropa. Me pregunté entonces si las emociones expresadas oníricamente, seguidas del ritual de lavarse la piel y luego de la búsqueda de una camisa de tejido *espumoso* "para repararla" podían proporcionarnos algún indicio sobre fantasías corporales arcaicas escondidas tras las diversas alergias dérmicas, fantasías no verbales hasta el momento. Puesto que ahora Georgette podía concebir un imago materna escindida, con una faceta que representaba la vida (proyectada en la analista) y otra la muerte, traté de interesarla por la segunda parte de su sueño en relación con aquel objeto parcial privilegiado y altamente investido: su piel.

J.M.: "¿Y qué hay de esa espuma pegajosa en su baño analítico?"

G.: "¡Pero si venir aquí es como respirar aire fresco! Salgo siempre con la sensación de ser más ligera, de estar más viva. Quizás la espuma repugnante tenga alguna relación con mi madre, con la forma en que me miraba, casi eróticamente, que me daba la impresión de atacar a mi cuerpo."

J.M.: "Se ha quejado a menudo de que aquí se siente mal en su cuerpo, con el deseo de taparse, de esconderlo a mi mirada, como si también yo pudiera mirarla así. ¿Quizás ahora podamos comprender mejor lo que eso significa?" . , .

G.: "Sí, ya sé, y me sigue dando miedo hablar aquí de cualquier cosa sexual, pero lo peor es la convicción de que mi cuerpo es sucio y deforme, y que debo esconderlo a su mirada."

Georgette evocó de nuevo a su madre, pero esta vez de una forma ligeramente diferente, precisando que su madre era una mujer desgraciada, que estaba tan "pegada" a su hija como Georgette se sentía a ella. Entonces se planteó esta pregunta: "¿Pero por qué sigo sufriendo tanta claustrofobia ... porque ahora la tengo mucho menos miedo que antes."

J.M.: "Es usted quien ha creado el sueño, así que podemos suponer que hay una parte muy infantil en usted que *desea* estar encerrada con ella, que desea agarrarse a ella de por vida, un poco como lo que siente usted aquí. ¿Quizás sea más fácil decir que es el deseo de su madre antes que el suyo propio? ¿Podría ser que aquella espuma repugnante expresara el deseo oculto del cuerpo y de la piel de ella?"

EL OBJETO TRANSICIONAL PARADÓJICO

En la siguiente sesión, Georgette me trajo la confirmación de esta última interpretación, así como un importante recuerdo, olvidado hasta entonces. .

G.: "Al salir de aquí volví a pensar en aquella camisa que no encontraba en ninguna de mis tiendas preferidas. Sigo sin acordarme del nombre, pero recordé un precioso camisón que pertenecía a mi madre, y que guardaba en un cajón cerrado con llave. Aquel camisón era del mismo tejido espumoso."

(¡Yo ya había adivinado que se trataba de "crêpe georgette"¹!)

G.: "Creo que lo guardaba para sus amantes; de todas formas, yo no tenía derecho a tocarlo. Pero tanto insistí, que un día me dio un pañuelo hecho del mismo tejido. Dormí con él durante años." ,

Aquel recuerdo añadió un significado fundamental al seudónimo escogido por Georgette (porque aquella evocación surgió un año después de que yo le pidiera permiso para citar un fragmento de su análisis y, por otra parte, trajo a la escena analítica su intento infantil de crear un objeto con propiedades transicionales -el pañuelo espumoso "*Crêpe georgette*" capaz de representar, como todos los objetos pretransicionales (Gaddini, 1970, 1975) el cuerpo materno así como el olor y la textura de su piel. Pero lo sorprendente es la información proporcionada *por el sueño*, que nos reveló que aquel objeto espumoso que tanto necesitaba la pequeña Georgette para sentir cerca de ella la presencia de su madre, era al mismo tiempo un *objeto de horror*, objeto que había que arrancar rabiosamente de su misma piel (aquella piel que más adelante se convirtió en el sustituto del objeto transicional). Podríamos suponer por tanto que las imágenes de una madre que encama la vida y otra que es una amenaza de muerte se fusionaron, por no haber sufrido nunca la escisión normal de la infancia entre objeto benéfico y objeto maléfico. Así el objeto transicional no pudo cumplir su verdadera función, liberarla de la dependencia de su madre. Por ello su piel y su funcionamiento somático debieron hacer las veces de un objeto transicional auténtico (descubrí frecuentemente este mismo obstáculo para la maduración de fenómenos transicionales en los grandes somatizadores).

Las asociaciones de Georgette arrojaron una nueva luz sobre el significado de la doble reacción que siguió a su pesadilla, primero se sintió obligada a lavarse las manos durante toda la mañana como para librarse del miedo a un contacto agresivo y erótico con el cuerpo materno, pero después tuvo la compulsión igualmente fuerte de pasarse toda la tarde buscando un equivalente metafórico de los aspectos *benéficos* (y libidinales) del cuerpo de su madre: la camisa espumosa de "*crepe georgette*".

LAS PARADOJAS AFECTIVAS LIGADAS A LAS ECLOSIONES SOMÁTICAS

¹ Crêpe Georgette nombre francés con el que se designa cierta tela que es como una gasa acresponada. (N. de la T.)

Quizás encontremos aquí una de las razones por las cuales las reacciones somáticas de Georgette, en situaciones remitentes a un deseo que estaba al mismo tiempo impregnado de terror y de muerte, fueron las últimas manifestaciones psicosomáticas que desaparecieron.

Sus reacciones dérmicas frente a las separaciones (promesas de vida independiente y al mismo tiempo amenaza de abandono y de muerte psíquica), así como sus reacciones alérgicas a ciertos alimentos (como los mariscos, que le provocaban "unas ganas terribles de comerlos" pero que al mismo tiempo la ponían siempre gravemente enferma) parecían incorporar la misma paradójica problemática. Aunque tuvimos que esperar otro año antes de que las neurodermatosis y las reacciones edematosas revelaran sus secretos, fue más o menos por aquella época cuando la mayoría de las fobias de Georgette (al ascensor a los aviones, etc. desaparecieron por completo.

Sobrevinieron otros cambios. Georgette empezó a vestirse con colores más vivos y de forma más seductora, afirmaba estar más a gusto con sus amigas, y su vida profesional mejoró sensiblemente. Además, experimentó un nuevo auge en su vida amorosa y sexual con su marido, pero cuando estos pensamientos surgían durante las sesiones, aun la ponían ansiosa. .

Si tratara de resumir los cambios dinámicos que tuvieron lugar en la relación analítica, diría que la relación osmótica se volvió primero anaclítica, y luego homosexual. Con el análisis de la dimensión homosexual, Georgette empezó a aceptar que pudiéramos estar separadas sin peligro para ella o para mí. Éramos (casi) dos individuos con pleno derecho. La representación de la madre de Georgette empezó también a enriquecerse.

LA IMAGEN MATERNA Y SU TRANSFORMACIÓN

Habíamos llegado al séptimo año de nuestro viaje analítico. Georgette estaba bien, con pocas somatizaciones; su angustia había disminuido notablemente, así como sus fases depresivas. Pero tenía mucho miedo de que yo advirtiera aquellos cambios porque, bajo su punto de vista, aquel bienestar tan dolorosamente alcanzado representaría el abandono. Cuando le hice observar que tenía que "pagar" su mejoría, pero que aún quedaba mucho camino analítico por hacer, empezó a creer que podía estar bien y seguir al mismo tiempo con el análisis.

Un sueño, justo antes de que se fuera de vacaciones, resume de algún modo el trabajo de integración de su vínculo homosexual con su madre.

G.: "He vuelto a tener una de esas pesadillas, como cuando aún sufría asma. Estaba en un barco minúsculo, y el mar subía peligrosamente; me iba a ahogar. Pero me escondí en una pequeña cabina donde me creía segura. El mar se volvía cada vez más amenazante, y había un estruendo de tormenta. Me di la vuelta y vi a una señora conmigo en la habitación. Me dijo: 'Dame esos dos jarrones'. Me

parece que aquellos dos objetos me pertenecen, y no lo dudo ni un segundo, se los ofrezco diciendo: 'Ahora son suyos'."

Al contarme la última parte del sueño, Georgette juntó las manos a la altura del pecho, y luego las tendió en un gesto de ofrenda. El mar amenazador y el estrépito de los truenos le hacían pensar inmediatamente en su madre. Prosiguió diciendo que para escapar a la muerte le había dado todo, su feminidad, su sexualidad y su maternidad.

Cuando me propuso esta interpretación, le hice observar que también podía decirse que, en aquel sueño, le "daba el pecho" a su madre.

G.: "¡Es verdad! Me ocupaba siempre de ella como de un bebé. Y aún lo hago. Desde mi infancia, siempre he tenido mil delicadezas con ella, trayéndole regalitos. Ahora me doy cuenta, siempre ha esperado que me ocupara de ella, como si, sin mí, pudiera caerse a pedazos. Era mi razón de ser. ¡La niña perdida no era yo, sino *ella!*"

Así fue como comenzó la reconstrucción de un retrato materno muy diferente, el de una mujer frágil, con los mismos temores que la propia Georgette, y el mismo miedo a no existir como individuo. El peligro que representaba la madre cambió de signo. En lugar de querer ser el "galán" de su madre, Georgette intentó comprender por qué *se complacía* en aquel papel, y sólo se protegía con la somatización.

G.: "Una vez usted me dijo que me hice mayor a la edad de quince meses. ¿Le he dicho que empecé a andar con sólo nueve meses? A partir de aquel momento traté de escaparme, de ser independiente."

Asistimos aquí al drama del niño precozmente autónomo; un falso *self* que esconde a un bebé muy pequeño que busca una relación simbiótica, queriendo al mismo tiempo escapar de ella. Estos niños, cuando son adultos, tienen a menudo miedo al éxito, porque éste remite inevitablemente al abandono original. Tuvimos a menudo ocasión de analizar este aspecto de la vida fantasmática de Georgette, sobre todo a través de su temor a triunfar en su aventura psicoanalítica porque equivaldría a firmar su sentencia de muerte.

G.: "Yo que siempre me creí tan independiente, empiezo a comprender que estaba totalmente adherida a mi madre. Me era imposible desear otra cosa que su propio deseo. Este odio que siento hacia ella aún me asombra.... pero ya no me da tanto miedo. Como si ya no temiera que mis sentimientos de rabia puedan destruir el amor que también siento por ella."

Después de haber elaborado estos nuevos temas, Georgette tuvo un sueño inaugural en el que, en una situación peligrosa, gritaba: "¡Papá!". Al despertar, mirándose al espejo, se descubrió, por primera vez en su vida, un fuerte parecido con su padre.

La introducción, tardía, del padre en su mundo interno era altamente significativa. Desde hacía años, yo trataba de llamar la atención sobre su ausencia, pero sin resultado; había que esperar a que el objeto materno fuera vivido en su doble polaridad sin temor a perderlo.

Aquella apertura nos acercó a un primer bosquejo de la organización edípica de Georgette, así como a algunas inhibiciones y fallos en la organización edípica precoz. Hasta entonces, el desamparo edípico en estos dos niveles, pero sobre todo en su dimensión primitiva, sólo podía expresarse en eclosiones arcaicas, somatopsíquicas, como veremos en el próximo capítulo.

Cap. XI

LOS FRUTOS DE LA MADRE

Durante el séptimo año de nuestro trabajo en común, Georgette empezó a esperar con alegría la separación de las vacaciones, experiencia nueva para ella. Antes de citar un nuevo fragmento de su análisis quisiera precisar que, a pesar de la desaparición de sus otras manifestaciones psicósomáticas, seguía sufriendo alergias cutáneas y edematosas cuando comía ciertos alimentos, principalmente mariscos y pescado. Basándome en la forma en que hablaba de estos platos - como de deseos prohibidos- les llamé los "frutos prohibidos". Las notas que siguen fueron tomadas, una vez más, durante la primera sesión después de las vacaciones.

G.: "Por primera vez en vacaciones me he sentido a gusto en mi piel, a gusto en mi cuerpo. Sin miedo y sin angustia. ¡Y ni siquiera me da miedo decírselo! Toda mi vida he tenido que hacer un esfuerzo continuo para impedir que el cuerpo me estallara en pedazos. Sólo ahora comprendo lo que me ha ayudado usted a descubrir durante todos estos años -que tengo un cuerpo propio- y que no necesito pensar en él continuamente para no caerme a pedazos."

Antes de exponer el resto de la sesión, debo subrayar la enorme importancia (entre otros muchos signos de la "madre primitiva universo" en su estructura psíquica) que para Georgette tenía el *olfato*. Como todo el mundo, de vez en cuando se encontraba penetrada por los olores, queriendo o sin querer. Pero para ella, siempre se trataba de una experiencia persecutoria, y además, ciertos olores le provocaban, aparentemente, reacciones alérgicas. En los primeros años de análisis, Georgette se bañaba prácticamente en perfume, en parte para " marcar su territorio", como acabamos diciendo, con la esperanza de que mis otros analizados lo notaran (lo que, en efecto, siempre sucedía, porque los demás se quejaban de aquel olor que percibían antes incluso de entrar en el ascensor). Además, debíamos analizar una multitud de fantasías eróticas y sádico-anales unidas a la exigencia de Georgette de que ningún olor natural que emanara de sí misma fuera perceptible. A través de los sueños, de las asociaciones y los lapsus, se manifestaba igualmente un importante vínculo entre los olores y la sexualidad,

ligado al temor de que el sexo femenino tuviera un olor desagradable. Una vez, tras haber comido una ostra "para probar", lo que tuvo como consecuencia una grave reacción edematosa, Georgette soñó con el cuerpo de una mujer que tomaba la forma de un mejillón. En sus asociaciones, recordaba que en su ciudad natal la palabra vulgar para el sexo femenino era el "mejillón". Aunque el análisis de estos importantes significantes tuvo un efecto benéfico en la satisfacción sexual de Georgette, no provocó ningún cambio en sus violentas reacciones alérgicas. Estas últimas, como íbamos a descubrir, estaban ligadas a fantasías libidinales mucho más arcaicas, cuyo significado había sido repudiado psíquicamente.

Desde su primera infancia, Georgette sufría urticarias y edemas cuando comía alimentos "prohibidos". Permanentemente atraída por los mariscos, a veces intentaba probarlos, pero siempre con el mismo resultado catastrófico. Al querer decir *poisson* (pescado) decía *poison* (veneno), y así sucesivamente.

Reflexionando sobre aquello, pensé que el niño pequeño intenta conocer el mundo, y primero el suyo, a través del sentido del olfato. Entre otros signos, distingue con certeza a sus padres por su olor. Sin duda, el lactante conoce muy pronto en su vida el olor del sexo materno.

Al volver a pensar en la historia de mis analizados "alérgicos", me pareció muy posible que en aquella fase precoz empezara ya a organizarse la vulnerabilidad a futuras alergias alimentarias en función a una relación madre-hijo precozmente perturbada. También me pareció que a menudo los alérgenos resultaban ser olores, sabores y sensaciones táctiles que en la primera infancia se buscan ávidamente, es decir experiencias investidas *positivamente* por el niño.

Siguiendo el rastro de la angustia que sentía Georgette tras el sueño del mejillón y el sexo femenino, y en vista de que se acercaban las vacaciones, aventuré algunas interpretaciones en este sentido, diciéndole que en mi opinión los deseos de la niña pequeña de su interior que había querido oler, tocar y probar el sexo materno, como medio primitivo para *convertirse en* ella y para poseer así su propio sexo, sus privilegios sexuales y el contenido imaginado de su cuerpo, estaban fuertemente contrainvestidos como deseos prohibidos y peligrosos.

Efectivamente, es indudable en mi opinión que tales deseos incorporativos, en los cuales uno se convierte en el otro al comer ya sea una persona, ya una parte deseada de esa persona, representan deseos libidinales arcaicos casi universales. La persistencia, en la vida de adulto, de estas nostalgias primitivas eróticas en forma de eclosiones psicosomáticas, evidencia una vez más una falla en los procesos de internalización y en la constitución de los objetos transicionales.

Cedo ahora la palabra a Georgette, para que nos permita comprender la utilización que hizo su psique de estas interpretaciones.

LOS FRUTOS DEL MAR

G.: "Tengo que decirle algo importante. ¡Ya no tengo alergias! Es extraordinario, pero durante las vacaciones he comido de todo, absolutamente de todo, todo lo que tiene el mar. He devorado ostras, mejillones, almejas, langostas, vieiras. ¡Qué festín! ¡Y ni la más mínima reacción alérgica! Hasta he comido fresas y frambuesas, todo lo que me ha hecho sufrir durante cuarenta años (permaneció silenciosa unos minutos antes de proseguir). Pensaba a menudo en lo que usted me dijo: los frutos prohibidos... los frutos de mi madre, sus pechos, su sexo, sus bebés, que una niñita dentro de mí quería devorar, para convertirme a mi vez en una mujer. Me parece profundamente cierto y no sé por qué la idea me ha asustado tanto durante tantos años. (Largo silencio) Un día, estaba hablando muy entusiasmada con mi marido, con la intención de decirle cuánto me gustaban los mariscos², pero la frase que se me escapó fue: "¡Cuánto me gustan los frutos del padre!"

Este acto fallido por el cual los frutos prohibidos pertenecían tanto al padre como a la madre, parecía restablecer aquel padre lagunoso en el mundo psíquico de Georgette. La invité a continuar, con lo que emergió un recuerdo olvidado. ,

G.: "Es increíble, pero había olvidado completamente cuanto le gustaban a mi *padre* el pescado y los mariscos. Se los comían todos, con glotonería, mejillones, gambas, almejas, ostras.... ¡Vaya. Eso me recuerda algo. Yo tenía unos tres años. Me acerque a mi padre, fascinada para mirarle comer. Entonces me ofreció un mejillón. Todavía puedo verlo, separando los dos pequeños... ah... las dos pequeñas partes. ¡Iba a decir 'los dos pequeños labios'! Si, y una vez separadas puso dentro una gota de limón. Lo saboreé con deleite. ¿Cómo he podido olvidar que los mariscos eran la pasión de mi padre? ¡Eran su 'terreno particular'!"

Al escuchar las metáforas de Georgette sobre la pasión y el "terreno particular" de su padre, decidí interpretar la escena primaria que acababa de describirme con la visión ingenua y surrealista de una niña: el padre abriendo los labios del mejillón para depositar dentro la gota de limón. .. , . , .

J.M.: "Y los pequeños labios del mejillón y la gota de limón... ¿son también una imagen de su padre y su madre juntos?"

G.: "Me siento confusa. Todo se mezcla en mi cabeza.

J.M.: "¿Padre y madre?"

G.: "¡Sí! y aquel olor tan especial. Mi padre tenía un olor que me daba miedo. Por eso siempre evité besarle. Eso también lo había olvidado. (Largo silencio) Tengo una idea embarazosa: un hombre a quien le encanta el pescado -dígame que no estoy loca- debe oler al sexo de la mujer y ahora tengo una idea aún más difícil

² Juego lingüístico con la expresión francesa *fruits de mer*, literalmente "frutos del mar" (mariscos) y *fruits de mere*, "frutos de la madre", de parecida pronunciación. El juego se repite a lo largo del capítulo. (N. de la T.).

de decir..., bueno, ayer le conté a una amiga mi descubrimiento del mejillón y del sexo femenino, y me respondió que el semen del hombre huele a gamba."

J.M.: "Los mariscos: ¿allí donde se mezclan los dos sexos? ¿Es esta una idea difícil de expresar y de reconocer?",...

Entonces recordé a Georgette cómo toda su vida había estado perseguida por los olores, como si no pudiera "oler" los olores sexuales, y a lo que éstos remitían, a sus padres como pareja: Todos aquellos ritos de cerrar la boca y retener el aliento, que practicaba en secreto cuando era pequeña, ¿acaso estaban destinados a evitar no solamente la muerte, como siempre me había dicho, sino también el reconocimiento de la relación sexual que existía entre sus padres?

G.: "¡Pues sí, ahora empiezo a verlo!"

J. M.: "¿Y a mirarlo?"

G.: "Sí, sí. Y a comprenderlo. ¡Era el olor! ¡El olor de mis padres juntos, de su habitación, lo que había que evitar!"

Así, por primera vez en siete años de análisis, Georgette me reconoció que sus padres, hasta que ella tuvo tres años, dormían juntos. En aquel preciso momento, me recordó un sueño que había tenido durante la primera semana de su análisis conmigo. Veía ante ella un par de pendientes de cristal, pero no podía ponérselos en las orejas. Por más que traté de hacerle asociar sobre el "par", las "orejas", los "pendientes", y el hecho de que no pudiera "ponerse" aquellos pendientes, sus asociaciones no nos llevaron a ningún lado. Ahora, exclamó con placer: "¡Eran las perlas de cristal, en forma de gotas, que adornaban la lámpara de su mesilla de noche!"

Así, a partir de aquel momento se forjó un nuevo eslabón vital entre los diferentes dramas ocultos en el mundo interno de Georgette. Las emociones edípicas se habían reprimido precozmente. Después, ante su amor-odio hacia el cuerpo y el ser de su madre, la representación de la "pareja combinada" dio paso a la fantasía del "cuerpo combinado", y luego del cuerpo para dos, para superar la mortificación narcisista durante el embarazo de su madre y después del nacimiento de su hermana pequeña. A su mundo interior, brutalmente despoblado, se incorporaba el recuerdo, convertido en encubridor -y que luego sería reprimido- del padre gozando ávidamente del sexo materno, disfrazado de "fruto de mar".

Frente a su deseo de niña, caníbal enamorada, de comerse a su madre (primer intento fantasmático del niño de internalizar y poseer libidinalmente a la madre-universo) Georgette no pudo acudir ni a su madre ni a su padre para obtener la más mínima confirmación de que ella también se convertiría algún día en mujer,

con derecho a una vida amorosa y al placer sexual. Se vio por el contrario, por muchas razones de las cuales he citado algunas, sin lugar propio. Además, no había ningún modelo de pareja que se amara y sintiera placer haciendo el amor. Su necesidad de introyectar a su madre como imagen narcisista de la feminidad también fracasó, dificultando más tarde la integración de sus deseos homosexuales (ya que todo intento por acercarse a su madre la llevaba al terreno de las necesidades narcisistas de ésta, donde en todo momento corría el peligro de ser desinvertida como objeto de amor o como sujeto con derecho a una existencia independiente). El complejo de Edipo incompleto que así se produjo la impidió finalmente volverse hacia su padre, por miedo a perderlo todo, porque creyó que le estaba prohibido amarlo. Así no pudo apoyarse en el respaldo paterno, como hacen la mayoría de los niños en su intento por liberarse del vínculo amor-odio con la madre.

A raíz del nacimiento de su hermana pequeña y de la desinvestidura materna de Georgette, que podemos imaginar fue brutal, su aferramiento a aquella madre psíquicamente ausente se volvió doblemente destructor. Temía no poder seguir existiendo sin aquel aferramiento fusional, pero al mismo tiempo temía aún más destruir a su madre, a su padre y a sus hermanas -frutos del padre y de la madre- y perder así doblemente su derecho a la existencia. Las fantasías enterradas en el sabor de las frambuesas y las fresas, y en el olor del pescado y los mariscos (es decir de los cuerpos y de la habitación de sus padres); el sabor y el olor impregnados para ella de percepciones primitivas de las que el cuerpo tenía memoria, cargadas también de la sexualidad arcaica del lactante, al no ser simbolizables, conservaron un *status* originario, quizás de "pictograma" (Aulagnier, 1975) o, en la terminología de Bion (1963) de "elementos beta". El resultado fue que toda transgresión oral del amor se expresó mediante una explosión somática (y sádica) contra su propio cuerpo, con el fin de mantener fuera aquel manojo de angustias, rastros de amor y de rabia inagotables. Aquella red inconsciente de deseos infantiles, sexuales y destructivos, que el análisis reconstruyó penosamente resultó haber sido, hasta entonces, inelaborable para la niña pequeña.

Dicho de otro modo, los significantes preverbales de la relación primera no remitían a los *significantes* propiamente dichos, contenidos en los "frutos prohibidos", sino que dieron lugar solamente a lo que Hanna Segal (1957) llamó, asimilándolo a un mecanismo psicótico, la "*ecuación simbólica*"; sólo de forma secundaria adquirieron los frutos prohibidos un significado verbal y edípico.

De no haber existido un substrato primitivo del desamparo psicológico, estos mismos elementos hubieran podido utilizarse *únicamente para crear los síntomas histero-fóbicos y fóbico-obsesivos, sin manifestaciones psicosomáticas*. Sin una

relación precoz perturbada, el recuerdo reprimido del padre ofreciendo a su hija el mejillón, con todo lo que aquella escena representaba para ella, no hubiera sido suficiente, por sí solo, para producir la grave regresión psicosomática que Georgette había sufrido durante toda su vida.

Quizás podamos recurrir aquí al concepto freudiano (1926) de la represión originaria en sus relaciones con los "factores cuantitativos (...) una excesiva fuerza de excitación y la ruptura de la paraexcitación" que, según Freud, proporcionarían "las primeras ocasiones en que se producen represiones originarias". Interfiriendo en las representaciones de palabra y a través de una regresión a la expresión infantil del dolor mental, podemos suponer que la psique sólo dispone de representaciones de cosa, dinámicas y destructivas para el equilibrio psicosomático. Al no estar contenidas por las palabras que las significan, estas representaciones de cosa habrían movilizado en Georgette potentes e incontrolables fuerzas ante cualquier acontecimiento amenazante (como experiencias de separación o crisis de rabia) y vivido por tanto de forma traumática. Como precisa Freud oportunamente (1923) los afectos pueden eludir con facilidad las capas preconscientes en el funcionamiento mental. Así, podemos suponer que, en tales circunstancias afectivas, la psique no envía ninguna señal de angustia, y sólo trasmite una señal somatopsíquica primitiva que inmediatamente se traduce en eclosión somática.

En el caso de Georgette, a estas mudas advertencias se añadieron más tarde prohibiciones edípicas tanto heterosexuales como homosexuales.

Estas "interdicciones", combinadas con representaciones verbales, eran aptas para ser reprimidas, y proporcionar por lo tanto los elementos de los síntomas neuróticos (sus múltiples fobias y rituales obsesivos). Pero al estar excluidas de las cadenas simbólicas del lenguaje, ninguna transgresión de los impulsos incestuosos arcaicos (en forma de deseo hacia los frutos prohibidos) podía contar con este tipo de barrera neurótica.

Es tarea del analista recrear, o crear incluso las palabras y los eslabones faltantes. Así, ese intento de autocuración que es la disfunción del soma se convierte en una potente fuente de resistencia al proceso analítico.

¿Acaso no es lícito pensar que los mensajes poco elaborados de la psique, frente a una angustia y una desesperación irrepresentables, puedan permitir que el soma actúe fuerte y ciegamente sobre la vida psíquica, como lo hace el lactante con los gritos de su cuerpo, comunicación no verbal que solamente la madre puede interpretar? Pero, a diferencia del niño pequeño que sólo puede expresarse somáticamente,

Georgette (y otros pacientes como ella) pudo construir, gracias a un primer encuentro (debido al azar) con una psique en pos de representaciones y con un cuerpo enfermo, un medio para comunicar su desamparo protegiéndose al mismo tiempo de lo que creía era su fuente.

Podemos ahora preguntarnos por qué en circunstancias traumáticas precoces se escogen ciertas expresiones de la disfunción somática, y no otras. Esta pregunta supera los objetivos de este libro, pero podemos subrayar la posible importancia de este primer encuentro con la psique y el cuerpo enfermo (hipótesis que no excluye la tendencia hereditaria a la vulnerabilidad somática, como por ejemplo las alergias y los edemas que sufría la madre de Georgette). Por otra parte, es evidente que el cuerpo está dotado de una memoria tenaz. A partir de esta conjunción, esos elementos pueden quedar unidos de por vida, y no ofrecer al sujeto más que esta forma de expresar conflictos afectivos inaccesibles al lenguaje.

En el caso de que existan fallas en los procesos introyectivos de la primera infancia, gracias a los cuales el bebé debería poder crear lentamente en su mundo psíquico una representación de la función maternizante con la que identificarse, algunos niños corren el peligro de mantener un vínculo somatopsíquico a un nivel presimbólico. Veamos un ejemplo simplificado: supongamos que un niño retenga el aliento en un momento de extrema angustia, y no encuentre ningún continente materno para aliviar su sufrimiento, físico y psíquico: esta reacción física puede entonces asociarse íntimamente a las situaciones ansiógenas, proporcionando una base para los futuros síntomas (por ejemplo el asma), reacción que puede volver a producirse siempre que el pequeño se encuentre en una situación ansiógena, impidiendo más adelante la constitución de las representaciones verbales que la harían accesible a los procesos secundarios, capaces de desviar la expresión somática directa, para poder *pensar* la angustia.

De esta forma las enfermedades psicosomáticas, incluso aquéllas que amenazan la vida biológica, pueden representar, paradójicamente, una lucha por la supervivencia psíquica, supervivencia que en el caso de nuestra paciente exigía que se alejara de todo pensamiento hostil hacia sus primeros objetos de amor, y que guardara, a cualquier precio, los vínculos depurados, acorporales, tanto con la madre como con el padre, expresándose la psique desamparada únicamente de forma arcaica, no simbólica, por la disfunción somática. En lugar de una historia psicosexual, ¿acaso no expresaba Georgette, mediante la grave anorexia de su infancia, mediante la negativa a respirar que representaban sus crisis de asma, mediante la rebelión del tubo digestivo, de las articulaciones, del corazón y de la piel, su determinación a sobrevivir? ¿No podemos suponer entonces que las enfermedades de Georgette tenían, entre otros objetivos, el de alejar el peligro

implícito en un deseo primitivo, vivido como la exigencia de que sólo pudiera existir un cuerpo para dos? ¿Sólo una mente para dos? La continua actuación del cuerpo en la escena psicoanalítica nos obligó a hacer "hablar" al soma, a traducir sus mensajes en representaciones psíquicas verbalizables, de forma que su bio-lógica se transformara, lentamente en una psico-lógica. Así aquel cuerpo anárquico, ahistórico, pudo empezar a convertirse en un cuerpo simbólico.

Con la historia de Georgette termina este libro. Mi esperanza es haber podido comunicar a mis lectores un bosquejo de la forma en que una psicoanalista aprendió a escuchar el "lenguaje" del soma, lenguaje que posee múltiples "dialectos", como muestra este libro. Cada paciente, utilizando de forma diferente la compleja y deformada traducción que encontró su soma para responder a los mensajes primitivos de la psique, revela un drama único y personal. Cuando el guion de esta obra muda pudo narrarse por primera vez en la historia del individuo, y cuando puede compartirse en el marco de la situación psicoanalítica _porque el trabajo del análisis es siempre una historia recreada por dos personas_ la mente puede al fin dedicarse a la tarea de modificar la historia psíquica. Así el cuerpo se libera de los intentos repetidos e infructuosos de llegar a acomodarse al dolor psíquico.

No obstante, los factores responsables de que se produzcan los cambios psíquicos siguen siendo ajenos a nuestra comprensión; inevitablemente, nuestras teorías para explicar estos cambios han de ser incompletas y arbitrarias. Por ello este libro plantea más preguntas que respuestas aporta. Espero que mis colegas me comuniquen sus descubrimientos y que nuestros esfuerzos, combinados con los de los investigadores de otras disciplinas que estudian igualmente los vínculos cuerpo-psique y sus misterios, contribuyan a ampliar nuestro conocimiento del sí mismo psicosomático y del ser humano.